

Karl Barth, teólogo y biblista (1886-1968). Balance de una vida (*)

Introducción. La noticia

La revista *Evangelische Kommentare*, en su primer número de este año, acaba de comunicar la siguiente nota escueta: «El profesor doctor Karl Barth, el gran renovador de la teología evangélica del siglo XX, murió a la edad de 82 años la noche del 9 al 10 de diciembre de 1968. Había nacido el 10 de mayo de 1886 en Basilea. Fue hijo de un profesor de teología. Barth fue primero párroco de Gotinga y Safenwil; en 1921 fue nombrado profesor honorario de Gotinga, en 1925 ordinario en Münster. Desde 1930 hasta su destitución a causa de su oposición al nacionalsocialismo, en 1935, enseñó en Bonn; luego, hasta su jubilación, en Basilea, su ciudad natal» (1).

A esta información de superficie añadía los siguientes datos M. Fischer, desglosando en unas consideraciones del momento la vida y obra de Barth: «Su obra se caracteriza por el mensaje de la gracia de Dios, en Cristo, al mundo. Meditó e interpretó la verdad de la revelación. Su dogmática fue una dogmática eclesial. Su libro sobre Anselmo, "el libro de los míos que he escrito con mayor amor", según él mismo confesaba. Su dogmática alcanza trece volúmenes. Tuvo influencia en el movimiento ecuménico, porque su teología no fue de una confesión, sino elaborada bajo las exigencias del conocimiento bíblico que se abría a todas las tradicio-

(*) Conferencia pronunciada en el INSTITUTO FILOSOFICO BALMESIANA el día 14 de febrero de 1969.

(1) *Personalien*, en "Evangelische Kommentare 1" (1969) 55. Para una biobibliografía sobre Karl Barth véanse especialmente H. BOUILLARD: *Karl Barth* (Aubier 1957), vol. I y II, Colección Lyon-Fourvière, 38-39; H. URS von BALTHASAR: *Karl Bart. Darstellung und Deutung seiner Theologie* (Köln 1951), 420; R. CABAS PALLAS: *Escatología protestante en la actualidad* (Vitoria, 1965), bibliografía XV-XXV; A. MAILLOT: *Mort d'un prophète moderne: Karl Barth*, en *Bible, Vie Chrétienne* 85 (1969), 75-78.

nes. Halló incluso eco en la Iglesia católica. En el último día de su vida trabajó hasta la medianoche. Se puede afirmar que en Barth el fundamento de la fe fue hallado de nuevo. La iglesia (evangélica) en tiempos difíciles ha tenido tal doctor y testigo (2).

Biografía escueta

Nos interesa, sin embargo, seguir mucho más de cerca la vida de este hombre excepcional, para precisar sobre todo los condicionamientos de su pensamiento y las fechas cruciales que representaron un cambio o avance sustancial en su actividad. Es el marco necesario para la penetración de su pensamiento.

Karl Barth estudió en Berna y Berlín, donde tuvo a Harnack de profesor, en Tübingen y en Marburgo. Como alumno de W. Herrmann y lector de Schleiermacher se afilia a la teología liberal, primero. Ejerce cura de almas y es párroco desde 1911. El movimiento de la cuestión social le interesa en este tiempo y queda influenciado por H. Kutter y L. Regaz. Sobre todo, como consecuencia de la desilusión causada por la primera guerra mundial, se interesa por la enseñanza escatológica de Ch. F. Blumhardts. El choque entre la situación del predicador que ofrece el mensaje de la Biblia y la vida de los hombres le hace reflexionar. Hasta que sale su primera gran obra, la *Carta a los romanos* (3). En la primera edición de este comentario que tantas veces tendría que reproducirse (1919) se dice que el reino de Dios es como un organismo en medio de la humanidad, tiene una entidad real y cósmica, contra el idealismo moral y el pietismo individual de su tiempo. Corrige la segunda edición (1922), influenciado por la teología de la crisis o *teología dialéctica*, que es una ruptura de pensamiento después de la primera guerra mundial. Prosigue la manifestación de su pensamiento en la revista *Zwischen den Zeiten* (1922). Es la primera forma de la teología de la Palabra de Dios. Puede considerarse como una reacción enérgica contra la teología liberal (Kierkegaard, Dostojevskij). Habla de Dios, subraya la trascendencia de Dios, la soberanía de la revelación en Cristo y la autoridad de la Sagrada Escritura. El hombre es pecador; al creer, se pone ante Dios siempre con las manos vacías. Va contra cualquier soberanía del pensamiento y de la acción humana. Acude al pensamiento de los reformadores. La dialéctica en Barth es de tipo hegeliano: se afirma por la negatividad, es una negación crítica. La resurrección de Jesús — dice — entra en mi destino humano, y el hombre nuevo que yo soy, no es lo que yo soy, «solamente por la fe soy aquello

(2) M. FISCHER, *Karl Barth*, en "Evangelische Kommentare 1" (1969), 2.

(3) K. BARTH, *Der Römerbrief*, Neunter Abdruck der neuen Bearbeitung (Zürich, 1954), 528; *Id.*, *Kurze Erklärung des Römerbriefes* (München, 1956), 225.

que no soy». Cristo con su resurrección da un sentido vertical al pensamiento y a la vida religiosa y, como tangente, toca el círculo de la carne: revela al «ganz anderen» Gott. Dios levanta al hombre como a un niño. En el no de su ira alcanzamos el sí de su misericordia.

En 1921, Barth es profesor de dogmática en Gotinga; en 1925, en Münster; en 1930, en Bonn; en 1935, en Basilea. Es profeta y profesor. Se entrega del todo a su dogmática. En 1927 se declara en su *Prolegómena*. Ahora quiere rehuir el relumbrón de fundar la teología en una filosofía existencial, contra Kierkegaard; desecha el vocabulario de la dialéctica y de la paradoja y quita la posibilidad radical de construir legítimamente una teología natural, sea la del catolicismo (por la analogía del ente), la del protestantismo liberal o la de Brunner, Gogarten y Bultmann. Desde 1932 hasta su muerte se entrega a la composición de su *Kirliche Dogmatik* (4). Nada hay independiente de Cristo: ni la ciencia de Dios, ni la creación, ni la antropología, ni la ética. Subraya la alianza de Dios con los hombres; la gracia de Dios en Cristo, la aceptación humana. Cristo ha absorbido el no. El hombre perdió su naturaleza buena, y perdido radicalmente en sí mismo es, sin embargo, *totus iustus* en Jesucristo. Barth da paso a la teología del optimismo, con su dogmática fundamentalmente enraizada en la elección de los hombres en Cristo. Pero baja a la práctica. Lucha contra las ideas políticas de su tiempo que no le parecen concordes con sus principios religiosos. La Iglesia puede dar juicios políticos porque los fundamentos del Estado y del Derecho son cristológicos (5).

Evolución del pensamiento de Karl Barth

Analizaremos ahora, ya perfectamente encuadrados, con más detención sus concepciones. Cualquier reincidencia será necesaria para penetrar el último sentido de su gran mensaje (6).

En 1904, bajo la dirección de su padre, empieza los estudios teológicos. El primer libro que lee es la *Crítica de la razón pura*,

(4) K. BARTH, *Die kirchliche Dogmatik*, I, 1. (Zürich, 1952⁶), 528; I 2 (1948⁴), 1011 (1948³), 782; II 2 (1948³), 898; III 1 (1947³), 488; III 2 (1498), 800; III 3 (1950), 637; III 4 (1951), 810; IV 1 (1953), 895; IV 2 (1955), 982; IV 3,1 (1959), 551; IV 3,2 (1959), 1107; IV 4 (1967), 247; . BARTH, *Esquisse d'une dogmatique* (Neuchâtel-Paris 1950), reeditado Foi vivante (París, 1968), ed. Cerf.

(5) H. BOUILLARD, *Barth, Karl*, en *Lexikon für Theologie und Kirche*², 2 (1958), col. 5-8; ID., *Dialektische Theologie*, II, en *LThK* 3 (1959), col. 334-337.

(6) Para el contenido de este apartado y una explicación más amplia véase R. CABAS PALLAS, *Escatología protestante en la actualidad* (Vitoria, 1965), 57-124.

de Kant. En 1906 asiste en Berlín a las lecciones de Kafkan, Gunkel y Harnack. En 1908, en Marburgo, oye a Herrmann, que le introduce en el pensamiento kantiano. Se va sumergiendo en el neokantismo y en la crítica liberal. Ritschl da la pauta de los maestros dominantes en este tiempo. Se oponen a la teología especulativa, aceptan la distinción kantiana entre fe y ciencia; la religión, pues, es incompatible con la metafísica y tiene un carácter autónomo. Les había precedido Schleiermacher, quien defendía que la revelación de Dios se da en nuestro propio sentimiento. Pero Ritschl admitía que la revelación divina aparece en la historia de la religión y que Cristo es la máxima revelación de Dios, por su personalidad y su vida. Barth calificó la teología del siglo XIX como filosofía de la religión; la dirección de esta teología estaba en manos de los liberales. Herrmann hereda mucho de Schleiermacher y de Ritschl, pero pone de lo suyo. La revelación de Dios no se halla más que en la historia y sólo a través de Cristo histórico podemos llegar a Dios, pero los datos bíblicos en tanto son revelación de Dios en cuanto despiertan la fe en nuestro interior, porque, como en Kant, el conocimiento metafísico es incapaz de conducirnos a Dios. La vida interna de Jesús, que es la que nos señala el camino hacia Dios, no puede más que experimentarse en cada uno para que nos sirva en nosotros.

Barth, durante diez años sigue esta doctrina. Pero en 1911, siendo pastor de Safenwil, se hace socialista cristiano para defender a los obreros. Entonces influyen en él Kutter y Regaz, que interpretan el Evangelio desde un punto de vista social: en él hay las bases de un mundo nuevo que se conseguirá con la lucha contra la injusticia y opresión del pobre por parte de la burguesía. Barth no queda satisfecho. Le disgusta el belicismo del socialismo y ve que en la interpretación milenarista de la parusía de Cristo se centra el problema en la pura esperanza terrena y se deja de lado el aspecto trascendente.

Viene un período de duda hesitante entre la concepción del reino de Dios intramundano, en el mensaje bíblico, o trascendente. Un día de 1916 se decide revisar la teología. Empieza por la Epístola a los Romanos. No tiene intención de publicar el comentario que le ha salido. Un amigo suyo, en 1919, consigue que se publique. Esta obra, sobre todo en su edición de 1922, abre una nueva era a la teología protestante. Efectivamente, la teología del siglo XIX no tenía salida. Sus comentaristas habían abierto todas las puertas que iban de fuera adentro, del mundo a la teología, y habían cerrado las que iban de dentro afuera, de la teología al mundo. Habían descuidado la potencialidad de la revelación cristiana.

El punto crucial de aquella teología fue, según Barth, el creer en la posibilidad natural del hombre, que al realizarse hace religión. De ahí que el mensaje cristiano quede sometido a la inter-

pretación de la razón. Hacen de la fe una criatura del hombre, un infinito en lo finito; la fe pierde la trascendencia y se reduce a un intercambio consigo mismo. Y como el hombre es medida de todas las cosas, el cristianismo es un pez fuera del agua, y como dice Feuerbach, el objeto de las religiones es una simple proyección en el infinito de los sueños y aspiraciones del hombre. Reconoce Barth el mérito de aquellos teólogos de haber acentuado que la religión cristiana es *histórica*, es decir que está determinada con su relación a la historia de Jesús, a diferencia de las otras religiones, que carecen de historicidad en este sentido. Pero no admiten el valor trascendental de la interpretación bíblica, de la historia de la Iglesia y del dogma.

Barth se despide de esta perspectiva teológica. Reacciona radicalmente. Somete a tratamiento enérgico el mal de la teología. Busca otro centro de gravedad. Barth ve que aquella teología va de abajo arriba, adonde no puede llegar; él cambia el sentido y la construye de arriba abajo, pero dos hechos impedirían la total aceptación de su esfuerzo titánico: la extremada reacción no cura el mal por extremada, y es tal la oposición de Barth al construir su nuevo sistema contra las formas anteriores que llegará a suprimir al hombre como realidad, libre, independiente, creadora, distinta de Dios. El hombre quedará, *velis nolis*, sumergido en la potencia divina salvadora, a costa de una sola condición: la fe; porque lo demás lo hace Jesús. Mas prescindiendo de ese extremo, debe considerarse la gran labor de teólogo de Barth.

El primer periodo se caracteriza por una unidad de pensamiento. Su *Carta a los Romanos* (1919 y 1922) y *La resurrección de los muertos* (1924) lo declaran. La escatología tiene su papel importante. Dios trascendente está inminente. Junta principio y fin, sin tiempo ni distancias entre creación y resurrección-parusía. Overbeck, Nietzsche, Dostojewskij y Kierkegaard encienden la pólvora, como dice Urs von Balthasar. El mundo de Dios está infinitamente separado (atemporalidad). Conforme a la dialéctica hegeliana, cuando Dios al tiempo opone la eternidad y a la caída la redención, lo segundo, al negar lo primero, lo superafirma antes que sea entidad negada. Los desastres de la primera guerra centran la atención de Barth en la escatología. Dios, realidad última aparecida en Cristo. La divinidad de Dios es un principio que Barth nunca abandonará; la resurrección de Cristo es piedra central de su sistema, que por lo mismo es optimista y se ha llamado «himno a la resurrección». Jesús entra en el tiempo y lo eterniza. Esta eternidad total presupuesta de Cristo da base y fundamento a todo conocimiento y a toda realidad; nunca dejará este principio. La elección eterna de Cristo es otra constante barthiana, y el tiempo no es más que un infierno. La predestinación antelapsaria, que tiene una dinámica apocatástica, sólo queda

limitada por el pensamiento de la libertad absoluta de Dios. El actualismo de Barth es otra idea característica de su pensamiento y se opone a la idea de analogía.

Barth está obsesionado por la eternidad. De ahí que se oponga totalmente a la teología liberal, que tiene a la religión como a la hija más hermosa del hombre, y que encuadra a los exponentes de una cultura en hombres llenos de su tiempo: Beethoven, Wagner, Brahms, Keller, Ibsen, Sudermann. Barth los rehúye y se aleja al otro extremo: «El verdadero Dios, que se manifiesta en Cristo, es la crisis, la negación de este mundo». El mundo presente está caído de Dios, es de realidad aparente, de sombra, de pecado. El pecado original es la disposición trascendental por la que el hombre cae de la creación; el pecado actual consiste en adquirir conciencia de sí mismo y al querer justificarse el hombre por sus propias fuerzas se hace consciente de su distancia de Dios. La justificación es escatológica y forense. No hay más justicia que la de Dios. Somos justificados por la «fidelidad de Dios». Dios no abandona al mundo en su estado de apariencia. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed, porque serán saciados» (Mt. 5,6), es decir los que no poseyendo justicia propia necesitan de la ajena. La resurrección de Cristo instaura todo; pecado, redención, tiempo son una sombra proyectada por la resurrección de Cristo que forma una corriente única con la creación, como el que está en un puente distingue el curso que viene (creación) del que va (resurrección), siendo uno. Todo conocimiento de Dios, distinto del revelado en la Biblia, es un ídolo. Cuando la religión busca un medio de acceso a Dios se convierte en sublimación del pecado, porque el valor de la religión no va de abajo arriba, sino de arriba abajo.

En este periodo, el pensamiento de Barth tiene mucho de platónico. En su comentario a la *Carta a los Romanos* queda un esquema parecido a ese: idea, caída, vuelta a la idea. Hay una unidad de ser entre Dios y el hombre.

Pero el pensamiento de Barth evolucionó. Durante sus años de docencia, dice Urs von Balthasar, se da una progresiva evolución hacia la analogía entre Dios y el hombre.

En su *Esbozo de dogmática cristiana* (1927) Barth reacciona contra el antropocentrismo excesivo que prevaleció en la dogmática de siglos anteriores. El objeto de la dogmática no es la fe del cristiano, sino la Palabra de Dios. Fuera de su propia recomendación o credencial no admite otra demostración. Es error de la dogmática cimentarse en una filosofía de la religión.

Dios no es asequible fuera de la revelación de la Palabra. La Palabra de Dios, revelándose, es algo que ha sucedido: se da hoy en la Biblia. Atrae más a Barth el actualismo de la Palabra que la misma Encarnación.

Va distinguiendo más creación, reconciliación y redención que antes consideraba como un todo, alto e independiente, e introducido en el hombre por la sola acción de Dios. No aparece, sin embargo, todavía con claridad que la creatura sea en sí, en cuanto distinta de esa acción salvífica de Dios, algo bueno que ha creado y querido El. Siguiendo este proceso de dilatación, ya no afirma que la resurrección es un futuro de eternidad que no da lugar a la esperanza cotidiana porque está igualmente cercano e igualmente lejano cada día. Apunta en su escatología la función tiempo. La revelación es un suceso histórico.

Todavía más. Desde 1929 se va librando más de su filosofía y del monismo interior. Esto aparece más claro en 1931 y 1932, cuando publica su *Fides quaerens intellectum* y el primer tomo de la *Dogmática Eclesiástica*. Al llamarla eclesiástica quiere poner de relieve que es independiente de la filosofía y que está ligada al área de la Iglesia. La concepción humana previa, en su filosofía, no debe preceder la fe; al contrario, la fe dice primigeniamente qué es el hombre real.

Tiene que sustituir la dialéctica, y lo hace con la analogía de la fe el *Intellectus fidei*, y en el *Credo*; pero esta analogía la entiende como una semejanza de nuestra acción con la de Dios. La auténtica analogía en la respuesta de nuestra fe, que es el mayor don recibido.

Avanza en su pensamiento. En 1938, en *Die Theologie und die Kirche* enseña que la verdad de la creación nos consta por la revelación. La revelación nos da una teología natural, nos enseña una restauración de la misma creación que se hace por la redención y nos dice que en el hombre hay una imagen de Dios no destruida por el pecado. Si la Palabra de Dios se comunica al hombre, hay incluida en la esencia del hombre una potencia obediencial de responder y participar en la locución divina.

Barth sustituye paulatinamente la idea central Palabra de Dios por la de Jesucristo, Dios y hombre. El hecho de que una Persona divina se hace hombre, en la Encarnación, descubre la faceta de nuestra naturaleza y de consiguiente, del mundo o resto de la creación, que hace posible la alianza, porque es algo distinto de Dios. El hombre es pecador en todas sus acciones y en todo su ser, sin embargo conserva la bondad de su propia naturaleza creada. Por el pecado no se ha producido una nueva creación, el ser primitivo del hombre perdura ocultamente bajo el pecado. Como el hombre, como creatura, es bueno necesita un tiempo proporcionado a su esencia creada. Y así la historia salvífica tiene sus tiempos: creación, resurrección, parusía.

Sobre nuevas bases Barth elabora incesantemente la trama de su teología. Cristo, su elección y predestinación, la justificación, la Iglesia, el conocimiento de Dios, el pecado, la analogía, la ética,

la política, una antropología bíblica y teológica con atención al hombre real, a la naturaleza y a la gracia, al cuerpo y al alma, a la inmortalidad y al espíritu, tiempo e historia, eternidad, ser escatológico, la parusia y la apocatástasis.

Ha dicho un autor: «La dogmática de Barth es un mar inmenso. Sus temas son como olas llegadas a la orilla que retornan al corazón del mar, para volver con nueva fuerza a sobrepasar el límite antes alcanzado. El corazón del mar es Cristo» (7).

Baste ceñirnos a dos puntos que, como piedras de toque, nos dan la medida de sus afanes: la analogía y el concepto de Cristo.

Analogía

Barth no admitió la posibilidad del conocimiento natural de Dios y la analogía del ser. Según la filosofía perenne y el pensamiento católico el entendimiento humano, al poseer legítimamente la idea de ser por intuición introspectiva y deducción válida la aplica a los distintos grados de ser y sus deducciones serán valederas, porque lo que afirma se dará, al menos analógicamente, es decir parte igual (idea de ser), parte distinta (finito o infinito, o en sus distintos grados). De ahí la posibilidad de un conocimiento natural de Dios, que responde a una realidad, aunque el extremo sea infinito, que se conoce, no como infinito intuitivamente, sino en cuanto ser con tales cualidades intuidas en lo creado y ampliadas o deducidas.

Barth llama a la *analogía entis* invención del anticristo, por irreverencia, pues la creatura se clasifica en el mismísimo rango del ser que Dios, y porque por ella definimos a Dios y sólo El tiene derecho a decirnos quién es, no nosotros a ponerle límites, y porque al parangonarnos con Dios en el ser nos divinizamos.

No pretendo ahora considerar estas razones. Baste advertir que no es lo mismo conocer o decir «ser» que «tal ser», podemos conocer una nota esencial común, «el ser», y desconocer muchas otras notas o el modo de tenerlas: expresamos la infinitud por conceptos negativos, no positivos, por negación de límites en lo que comprendemos, no por afirmación positiva de conocimiento exhaustivo de lo infinito; de ahí que cada ser quede en su rango, aunque se conozca una nota común verdadera de lo finito y lo infinito. No es este el problema de ahora.

Quiero seguir a Barth en su pensamiento ulterior. Le queda por explicar cómo conocemos a Dios, si no podemos hacerlo por conocimiento natural y utilizando la palanca de la *analogía entis*. Según él, Dios comunica como un don la fe en la revelación posi-

(7) R. CABAS PALLAS, *Escatología protestante en la actualidad* (Vitoria, 1965), 73.

tiva. Al recibir el hombre esta fe en la Palabra divina, adquiere, comunicada por Dios, una *semejanza* del conocimiento que Dios tiene de sí mismo. El entendimiento del hombre es introducido en el mismo acto por el que se revela Dios: Cristo manifestativo en la historia. El creyente, al hablar de Dios, dirá lo que el mismo Dios le ha comunicado en la revelación, y se comprende que nuestro conocimiento se distinguirá del que Dios tiene en sí mismo, porque el de El sigue estando oculto. Porque Dios concede gratuitamente a los conceptos del hombre la capacidad de revelarle; por eso el hombre conoce legítimamente a Dios, pero no en virtud de sus conceptos puramente humanos. Afirma Barth: «Al decir que nuestro conocimiento de fe es análogo, queremos, ciertamente, expresar que es semejante al divino, pero a la vez que esta semejanza es parcial»; «al salir la revelación al mundo, las verdades creadas prestan un auténtico servicio a la Palabra de Dios, no por su valor intrínseco, sino por su potencia obediencial, es decir porque Dios, en la revelación, las actúa para que sean capaces de revelarle, así la polifonía de la creación culmina en la sinfonía de la Alianza».

Ahora bien, Barth, en realidad, incluye en su explicación del conocimiento divino por la «analogía de la fe», esa semejanza de-semejante, infusa o revelada, buena parte de la idea de la «analogía del ente».

Cristo

La imagen de Cristo, eterno, preexistente, creador, palabra exclusiva de Dios dirigida a los hombres y la imagen de Cristo que tomó nuestra carne y nuestro tiempo, que murió en nuestro lugar y resucitó victorioso sobre todos los poderes adversos, está alentando siempre en la obra de Barth. Hay hombres porque existe Jesús de Nazaret; hay continentes porque existe Palestina, donde nació Jesús; hay universo porque existe una tierra en la que él vivió, fue coronado de espinas y murió; hay vida eterna porque un día resucitó; hay tiempo real porque vivió un hombre, cuya existencia no quedó relegada al pasado, pues el curso de su vida era tiempo temporal y eterno. Ese Cristo que existe en el cumplimiento de su misión es una palabra vibrante y actual dirigida a los hombres y al cosmos.

Dos nuevas facetas

Hasta ahora hemos conocido a Karl Barth como teólogo. Falta dos facetas insoslayables en su vida: hombre de oración y predicador con cura de almas, y además su espíritu ecuménico.

Hombre de oración

Deja admirado a cualquiera que repase atentamente el *opus completum barthianum* su extraordinaria extensión. Más de cuatrocientos volúmenes, de extensión y contenido muy desigual, alcanza la producción de Karl Barth. Prevalece el tema teológico en toda su amplitud y problemática, lo funda el fino análisis explicativo de libros bíblicos, especialmente cartas paulinas, tiene una preponderancia peculiar el conjunto de sus sermones o alocuciones, de carácter ético-religioso. Barth además ha dejado una compilación de plegarias que solía rezar con sus oyentes al final de sus predicaciones y que tienen por objeto los problemas, las personas y los oficios más diversos del mundo actual: *Oraciones de Karl Barth*.

Espíritu ecuménico

La última etapa de su vida se vio conmovida por un acontecimiento trascendental: el Concilio Vaticano Segundo. sus sesiones preparativas, sus inter sesiones y sus discusiones, de las que salieron los decretos y documentos definitivos. A la vez el Espíritu aleteaba con alientos de movimiento ecuménico encaminados a una unión feliz y definitiva de los cristianos. Barth vivió intensamente estos tiempos. Es una manifestación de la gracia de Dios de la que tanto había hablado. Su presencia en Roma le puso en contacto directo con toda la problemática. Y una frase suya puede calificar muy bien esta última etapa: «Caminemos incesantemente hacia la unidad».

Balance

Si tuviéramos que reunir en pocas palabras la ingente obra de Karl Barth intentaríamos esta semblanza intelectual en el momento teológico del tiempo que le ha tocado vivir. Barth es una figura colosal que llena la primera mitad del siglo XX, en el pensamiento y el espíritu evangélico. No admite ni le satisface una teología que sea filosofía religiosa, ni la fenomenología de la experiencia religiosa, ni la psicología del sentimiento religioso. Ve que son impotentes para lo que pretenden y que en último término quedan encerradas dentro de sí mismas. De consiguiente rechaza los métodos de psicología, de lingüística y de sociología que querían construir una teología, con Lacan, Foucault y Althusser, y es la herencia que recibió. La Biblia le abre a Barth la justifica-

ción del mundo presente y la realidad del futuro, y su potente pensamiento construye una teología que estructura las realidades totales del hombre a una luz que él ve segura. No se trata de una simple vuelta a los reformadores, que con su pensamiento elaboraron caminos, porque Barth no repite, pone de lo suyo y avanza con el tiempo; de ahí que su frase repetida cuando propugna una vuelta a las fuentes puras no la entienda como señal de retroceso, sino de justificación en su camino y cosmovisión fideísta. Barth no llega a la consecuencia de los que, como él, se apartaron del círculo cerrado, que fue el pensamiento teológico liberal del siglo XIX. Nació de allí la teología de la muerte de Dios que propugna la desaparición de ciertas representaciones de Dios: el Dios relojero, el Dios explicatodo, el *Deus ex machina*, el Dios rellenagujeros. Tampoco apunta siquiera la teología de la revolución, vigente en nuestros días en ciertos sectores. Uno de los momentos más apenados por los que pasó Barth fue cuando advirtió que la teología servía para cohonestar revoluciones de cualquier tipo. Tampoco va por la teología de la cultura. Todas estas teologías, como él vio, postulan el diálogo, pero tal que adquiere como nota constitutiva el *afrentamiento*, es decir la lucha cuando no son admitidas estas construcciones teológicas. Barth es el padre de la moderna teología de la esperanza y de la historia, en oposición a la teología intramundana y personista del pensamiento liberal. Tampoco satisfizo a Barth la teología natural que exige un nexo ontológico entre Dios y su creación, cada vez más próximo por las exigencias objetivas de su andamiaje construccional justificativo (8).

Crisis

El pensamiento católico admira la obra de Barth. Aprecia y admira los grandes esfuerzos del gran profesor y pensador en su dogmática eclesial, pero se cuestiona delicadamente si la entidad subsistente del orden natural, si la relativa autonomía de la creatura humana en su movimiento hacia Dios, si la interior transformación del hombre por la gracia divina hayan sido tenidas en cuenta con suficiente validez. Partiendo de la Escritura, que es el punto de apoyo firmísimo para Barth, en realidad el don gratuito de Dios y la libertad del hombre que lo recibe se unen armoniosamente con sus respectiva autonomía. Nunca podrá admirar demasiado, el pensamiento católico, en Karl Barth, la eficaz rehabili-

(8) Cf. G.-Ph. WIDMER, *L'actualité de Karl Barth*, en "Choisir", núm. 112, 10 (1969), 14-18.

tación que consiguió de la soberanía de la Palabra de Dios y del primado de Cristo, hijo de Dios.

En gran analista y conocedor del pensamiento barthiano, Bouillard, ha comparado la obra del insigne teólogo a la revolución copernicana en el seno de la teología evangélica: suprime la tierra-razón como centro del universo y coloca el centro del cosmos planetario en el sol-Dios Palabra revelada encarnada, que ilumina y vivifica ahuyenta las tinieblas de las dudas y basa un futuro de luz inmarcesible.

Conclusión

Empieza el juicio de la historia, hecho posible en estos instantes. Y dirá en definitiva lo que dice ahora: Karl Barth ha sido uno de los más eficaces valorizadores del mensaje revelado, mediado el siglo xx, y un penetrante buscador, vigoroso estilista, trabajador incansable y hábil elaborador de la Palabra de Dios revelada.

SEBASTIÁN BARTINA, S. I.

San Cugat del Vallés (Barcelona)